

XVII

— Entonces, te has aburrido en casa de Isolina, ¿no es eso? — preguntó doña Micaela á su sobrino en cuanto la tartana comenzó á rodar camino de la quinta.

— Sí, tía, lo confieso. Salvo Isolina, no me interesan las gentes que allí se reúnen. Digo mal, don Ciro también me ha sido muy simpático... Crea usted que cuando llegó el tío, estaba yo gozando verdaderamente, sólo con ver cómo gozaba el pobre viejo...

— ¡Ah sí! — dijo don Vicente. — Es su manía y siento haberle hecho tan mal tercio. No recordé que estaba cazando... Pero todavía no conoces más que un aspecto de la persona. Eso que has visto es lo único malo que en su vida se le conoce, digo, para los que tienen por cosa mala el cazar. En lo demás, es como los mismos pájaros, á los cuales cuida como si fueran chiquillos.

— Me ha parecido un hombre de cultura — observó Juan.

— Un gran latinista — apuntó Cristóbal. — Ha sido profesor mío.

— Y no es eso solo — añadió el tío. — Cuando hables con él despacio, verás lo que sabe. En cuanto empieza á discurrir sobre los clásicos, que conoce al dedillo, parece otro. Va á ser un gran compañero tuyo, se me figura, y lo verás con frecuencia, porque es amigo de visitas, y si le has entrado por el ojo derecho...

— Me gustaría — dijo Juan. — Hay en esa puerilidad de don Ciro algo que se acomoda muy bien con los gustos que se van despertando en mi alma.

— Te vas curando, ¿no es eso? — preguntó don Vicente con visible satisfacción.

— Me creo curado — contestó Juan. — El efecto de esta vida ha sido en mí rapidísimo y profundo. Me siento tranquilo, equilibradas las fuerzas, y hallo placer en mil cosas de esta existencia campestre, sencilla, que antes me hubieran fastidiado quizá y ahora me hablan un lenguaje apaciguador y atractivo.

— ¡Ya te lo decía yo, hombre, ya te lo decía! — interrumpió don Vicente, cada vez más satisfecho. — Y aún te falta mucho por ver y por gozar. Hasta que no te divierta la conversación con los campesinos, bien puedes decir que no has entrado plenamente en la nueva vida.

Juan se echó á reír.

— ¡Ay, tío! — dijo. — Se me figura que eso ha de costarme todavía un poco. Haría falta tener el carácter bondadoso y paciencioso de usted.

— Tienes razón, hijo — asintió doña Micaela.

— No lo creas — protestó don Vicente. — Basta desprenderse de la preocupación intelectual que traemos de las ciudades. En cuanto se mira la vida de estas gentes como ella es, no con el criterio de la nuestra, nos descubre todo lo interesante que contiene. Es la distancia la que nos equivoca, la distancia artificial que hemos puesto entre ellos y nosotros, alejándonos de su lado y creyendo que, porque no leen á Platón y á Víctor Hugo, no puede haber nada de común que nos ligue y que nos permita hallar placer é interés en su compañía.

— Posible es que tenga usted razón, tío; y quizá el *summum* de la tranquilidad que yo busco se halle en el trato con los pobres y los ignorantes, que han sido siempre los compañeros de los grandes humildes de la historia, cuya vida se deslizó apacible y serena, libre de las tempestades que agitan el mundo.

Por unos instantes, reinó el silencio en el interior de la tartana. Luego la conversación se reanudó entre doña Micaela y sus hijos, acerca de las diversiones de la tarde; pero ya Juan no oía. Meditaba acerca de lo que acababa de decir, tratando de convencerse á sí propio, de descubrir *a priori* las excelencias de aquel nuevo rumbo en que no había pensado hasta entonces. Al principio, buscó en el campo lo que más falta le hacía, el reposo,

sin preocuparse más que de sí mismo, con el designio latente de vivir aislado, curándose y gozando de la reconquistada salud del alma, extraño á todo lo demás. Las palabras de su tío, que evocaban nuevamente las escenas vistas el domingo en el despacho, le revelaban súbitamente otro aspecto de la vida, lleno de promesas.

Aquella renuncia á las exterioridades y á las luchas tumultuosas; aquel abandono á las corrientes naturales de la existencia, á que había llegado días antes en sus meditaciones solitarias del jardín, resultaban secas, estériles, egoístas en fin de todo. Era preciso hacer más, como habían hecho los que en otras edades huyeron del «mundanal ruido», tomando la «escondida senda»; era preciso llegar á la acción propia en aquel mundo, á vivir, no sólo con las fuerzas naturales, sino también con las humanas que allí escondían su miseria y su ignorancia; era necesario completar la obra tranquilizadora del medio con la profunda paz del bien realizado serenamente, en forma de bien, sin luchas con los demás hombres. Se acordó de Fausto, del momento de reposo, único, que había hallado en su vida haciendo feliz á un pueblo, y se le figuró que esto podía conseguirse dentro de la serenidad misma en que se hallaba, sin renovar las terribles crisis que le obligaron á salir de Madrid. Con la inquietud fundamental de su espíritu, que seguía latiendo por bajo de la placidez exterior, hubiera querido empezar en aquel instante la obra que, de pronto, se alzaba ante él gigante y bella,

halagadora y fecunda. Su antiguo instinto de luchador se manifestaba nuevamente, transformado, oculto bajo apariencias de cosa muy distinta; pero, como antes, nervioso, febril, subyugador, arras-trando á la acción. Nuevos horizontes se abrían ante sus ojos soñadores, y la imaginación, espo-leada por el afán, comenzó á dar forma y color á las imágenes de un porvenir lleno de luz y de alegría.



XVIII

El sol estaba todavía muy alto, cuando Juan y su tío emprendieron el camino de la playa. Evi-tando todo lo posible las casas, para no retrasarse con detenciones que hubiesen sido inevitables, se metieron por entre los campos, sembrados unos de maíz, plantados otros de hortaliza ó viña, en ras-trojo algunos, utilizando esas mil sendas con que el labrador, no obstante su codicia del suelo, di-vide y cruza las tierras profusamente, buscando el atajo. Don Vicente guiaba, con paso ligero, sal-tando fácilmente las acequias sin más apoyo que un bastoncillo de roble, que llevaba por costum-bre, hacía ya treinta años. Iba, como siempre, contento, bromeando con su sobrino, explicándole cosas del campo y de los aldeanos con la misma minuciosidad y sencillez que si se dirigiera á quien por vez primera viese aquellas cosas.

De pronto, al salir de un viñedo que cruzaron oblicuamente, encontráronse frente al mar. Fal-

taba todavía un buen trecho para llegar á él. El terreno seguía llano por un centenar de metros; luego descendía bruscamente, formando una faja pedregosa, de bastante anchura, hasta el límite mismo de la playa propiamente dicha, que era de cantos rodados en unos sitios, de arena en otros. En aquella faja levantábase un numeroso grupo de habitaciones, todo un barrio, el barrio de los marineros, con sus corralones por cuyas bardas asomaban palos de barcos, trozos de red y remos viejos, y sus puertas azules, verdes ó rojas. La playa corría casi en línea recta, perdiéndose á lo lejos por el Sudoeste; mientras que por el otro lado, á poca distancia del caserío, formaba un seno cerrado por un promontorio que, sin prolongarse mucho mar adentro, cortaba el horizonte por el Nordeste. En lo alto, y sobre la ensenada, nuevas casas perfilaban sus contornos sobre el cielo azul, de una limpidez admirable, que se reflejaba en el agua, de un tono más intenso.

Juan se detuvo antes de bajar, subyugado por la grandeza de aquel paisaje sencillo, de líneas prolongadas, cuyos dos factores, el mar y la tierra, no obstante la oposición de sus colores y sus masas, fundíanse en un conjunto armónico bajo la luz enérgica que los inundaba por igual.

Por su gusto, Juan se hubiera quedado allí un largo rato, para gozar, lejos de la presencia humana, de la calma que emanaba del mar, desierto aquel instante, y de las casas silenciosas, que parecían inhabitadas. Pero don Vicente tenía prisa.

— Vamos, vamos. Luego lo verás mejor.

En vez de bajar directamente, costearon la altura en dirección al cabo y fueron descendiendo por la depresión que formaba la desembocadura de un barranquillo estéril, poco profundo, cuyas dos laderas estaban sembradas de diminutos caracoles marinos, blanqueados por el sol. Signiéndolo, desembocaron á los pocos segundos en la playa, que por allí se prolongaba mucho, tierra adentro. La cortadura era más alta á medida que avanzaban hacia el cabo, pero se dividía en escalones; y Juan observó que en ellos se abrían, de vez en cuando, cuevas provistas de cierres de tablas y á las cuales se subía por senderos en zig-zag.

— ¿Vive ahí gente? — preguntó el joven.

— En unas sí, en las menos — contestó don Vicente. — Por lo regular, sirven de almacén para los pescadores, que guardan ahí los útiles de su oficio. Nosotros vamos á una que está habitada. Ven por aquí.

Comenzó la ascensión, muy trabajosa porque la pendiente era rápida. En el polvillo amarillento en que se deshacía la arenisca, resbalaba la suela de las botas de campo.

— Aquí hay que venir de alpargatas — dijo don Vicente. — Nuestros calzados no sirven.

Pero él seguía, afianzando el bastón de vez en cuando y sin mirar atrás, con el ímpetu de un muchacho que emprende una excursión apetecida. Llegaron á una de las cuevas y, sin detenerse á llamar, don Vicente abrió el cierre de tablas y

entró. Una sola pieza tenía la cavidad. A la derecha, en primer término, un resalto de la misma roca servía de banco de cocina. En el fondo, sobre un jergón de maíz, sin catre ni tablas, adivinábase un cuerpo rebujado en una manta oscura. De allí salió una voz cascada y temblorosa:

— Don Vicente, ¿es usted?

— ¡Vaya, mujer, siempre has de conocerme! ¿Cuándo podré entrar aquí sin que des cuenta de ello? — dijo el anciano en tono de broma.

— No se canse, señor. Desde antes de abrir la puerta, ya lo conozco en las pisadas.

Adelantó don Vicente hasta el jergón, seguido de Juan.

— ¿Quién viene con usted? — preguntó la mujer.

— Un sobrino mío. A ése sí que no lo conoces.

— ¡Dios lo bendiga! Siendo cosa de usted ha de ser bueno.

— Puede que te equivoques, Isabel. Vaya, venga ese pulso.

De la manta salió un brazo desnudo, seco y rugoso, casi negro, terminado por una mano espartosa, que no parecía tener más que la piel y los huesos. Cogióla don Vicente y Juan se acercó todavía más, tratando de ver la cara á la enferma, en la semioscuridad de aquel rincón. Cuando la vió, un estremecimiento de piedad le agitó todo el cuerpo. La mujer era ciega. Sus dos ojos, hundidos profundamente en las órbitas, rodeados de un cerco sanguinolento, carecían de luz, inmóviles,

mates, sin expresión alguna. La cara toda denunciaba una espantosa demacración. La nariz, desmesuradamente aguileña, bajaba su pico hasta cerca de la barba, y la boca sumida, casi sin dientes, descubría el armazón de los maxilares como en un esqueleto.

— Parece que esto va mejor — dijo don Vicente. — Veamos el termómetro.

Lo sacó de un bolsillo, se cercioró de que estaba en regla y él mismo lo colocó en el sitio conveniente. Mientras esperaba á que pasase el tiempo necesario para hacer la observación, se estuvo paseando por la cueva, sin dejar de hablar al mismo tiempo.

— ¿Y Martín? En la pesca, supongo.

— Sí, señor, allá fué. No tardará. Pero cada día puede menos con el trabajo.

— ¡Naturalmente! Oye, Juan. Estas pobres gentes viven solas, marido y mujer. Él es mucho más viejo que ella... ¿Cuántos años dirías que tiene Isabel?... No, no caviles, te engañarías. Muchos menos de los que representa. Si tú la hubieras visto cuando vivía en casa (Martín fué jardinero nuestro), no dirías que era la misma. Mujer más alegre y más traviesa no la he conocido. Siempre estaba de broma. Y qué bien bailaba la danza, ¿eh, Isabel?

— ¡Ay, señor, quién volviera á aquellos tiempos! Daría cualquier cosa — dijo la enferma con voz que tenía realmente acentos de tristeza.

— Yo también, mujer. ¡Mira tú si me vendría

bien quitarme veinte años de encima! Pero... ¡dale voces! A ver ese termómetro.

Se acercó á la puerta para examinarlo, porque en el rincón no era posible apreciar la altura de la columnita de mercurio. Juan, mientras tanto, curioseaba por la habitación. Aparte de la cocina, sobre la que había varios cacharros viejos, veíase por todo mueblaje una silla baja de cordelillo, un cántaro de barro y una mesita pequeña, con cajón, muy sucia y desvencijada. La impresión general era de miseria, confirmando la que se experimentaba al ver á Isabel en aquel jergón echado en el suelo.

— ¡Vaya, vaya, esto marcha bien! — dijo don Vicente, volviendo al fondo de la cueva. — Por ahora no te mueres. Sigue con lo que te mandé y no te aflijas. Hasta otro día.

Dió algunos pasos como para salir; pero al instante retrocedió hasta la cama. Juan le vió echar mano al bolsillo, sacar una moneda y, con la mayor naturalidad, sin dar importancia á la cosa, ponerla en manos de Isabel.

— Dale eso á Martín.

— ¡Don Vicente! — gimió la enferma. — ¿Cómo le pagaré yo sus caridades? El Señor le dé mil bienes.

Sin contestar, el anciano salió. Juan, en vez de seguirle, acercóse á la cama, hondamente emocionado, y sin decir palabra, dejó sobre la almohada otra moneda. Pero la ciega adivinó el movimiento y, alargando la mano, cogió la del joven y la

apretó fuertemente. Sintió Juan la presión de aquellos huesos, revestidos de una piel sudorosa y caliente, y su primer movimiento fué repulsivo; pero al instante, por una rápida reacción, contestó á la caricia apretando también amorosamente la mano de la enferma.

— Adiós, adiós — dijo. — Cúidese mucho.

Y salió apresuradamente, sin escuchar lo que Isabel le decía, balbuceando su sorpresa y su agradecimiento.

